

EL AJO

2º, 3º

Lejos de aquí, en tierras rusas, vivió una vez una madre anciana, que a veces recibía la visita del diablo. Eso no le agradaba, como puedes imaginar. Pero así es con el diablo: siempre está rápidamente en todas partes, mira todo, se ensancha, sonrío burlescamente y cuando hablas con él, se disfraza de todas las maneras posibles; porque es con un disfraz con lo que gana más con las personas de las que está más preocupado: con las piadosas y buenas.

Durante una de sus visitas, el diablo trató de convencer a la anciana madre de que era un ser inofensivo, incluso bastante benigno y desafortunadamente a veces incomprendido. También le pidió que no había necesidad de que mirase sus pies, porque tenía una vieja dolencia y no podía esperar que nadie tuviera lástima de él. - La madre tenía la peculiaridad de mirar los pies de esta visita, pues le parecían extraños y sospechosos.

La anciana había colocado un icono en un rincón de la habitación, una imagen de Cristo, frente a la cual había un recipiente de agua bendita. Allí rezaba sus oraciones diarias.

Una vez más el diablo volvió de nuevo a visitarla. Estaba bastante agotado ese día. Había estado alrededor de las iglesias. Luego aclaró su punto de vista a algunos eruditos, para su satisfacción, por supuesto. Después de todo, había echado un vistazo al futuro que le abrió las mejores perspectivas.

Pero el éxito a menudo te adormece. Así fue con el diablo, que se echó cansado y se enojó un poco cuando la anciana volvió a mirar sus pies.

-*"Si tan solo quisieras ayudarme en lugar de mirarme"*, dijo hoscamente, y luego bostezó.

-*"Así es como eres: te falta coraje y fuerza para hacer cosas, para hacer cosas reales"*. Y al hacerlo, se quedó dormido.

Pero la madre no era perezosa.

-*"Solo espera"*, - pensó,

-*"Veremos quién eres y si se te puede ayudar"*.

Fue a su icono, tomó el barril de agua bendita y roció los pies del diablo dormido con el agua. Deberías haberlo visto saltar.

-¡Maldita sea!", -gritó,

"¿Qué estás haciendo?"

Saltó de un brinco, pero luego se derrumbó y se agarró los dedos de los pies, llorando, pues inmediatamente se les encogió horriblemente. Luego salió cojeando a la intemperie.

La vieja, cuando se recuperó del primer susto, fue tras él cautelosamente, porque ahora estaba segura de que era el diablo, pero llena de confianza y alegría de que el agua bendita hubiera provocado que todo se descubriera.

A lo lejos, la anciana vio al diablo cojeando y lo escuchó aullar y aullar. Ella miró el camino que había tomado. Entonces le pareció como si aquel ser hubiera perdido los dedos de los pies, pues acababan de encogerse ante sus ojos. Los dos brillaban blanquecinos en el suelo, tal como ella acababa de experimentarlo y verlo. ¿Era eso posible?

Examinó cuidadosamente lo que crecía desde abajo como plantas, lo llevó a su casa, luego lo hirvió sin miedo, ya que todavía tenía el agua bendita, lo probó y descubrió algo nuevo: el ajo.

El ajo contiene la fuerza del diablo y, como todo el mundo sabe, el vil olor del príncipe del infierno. Pero está imbuido del poder curativo de nuestro Señor, pues él limpia y fortalece de una buena manera.

Parece que cada vez que alguien come dientes de ajo, el diablo recuerda lo que ha sufrido y quiere vengarse de todos aquellos a los que puede alcanzar su olor. Pero antes de que ese alguien huya y se tape la nariz, recuerda el agua bendita y el poder sanador de nuestro Señor que predomina sobre el diablo, pues puede transformar lo desagradable y también hace que el ajo perdure y florezca para nuestra curación.

Aportación de Telma Cosme P.